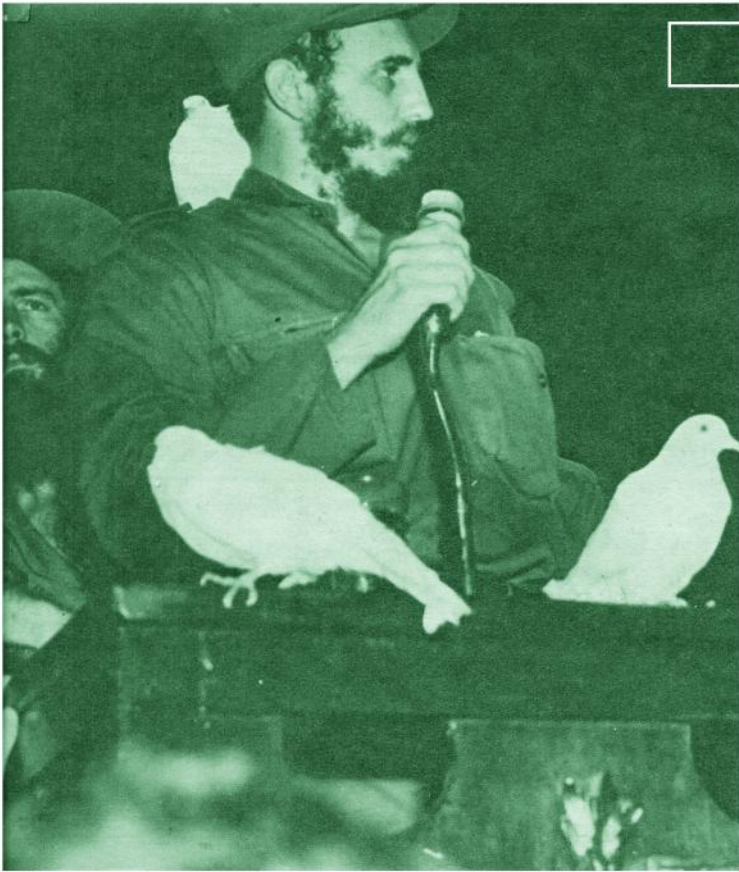
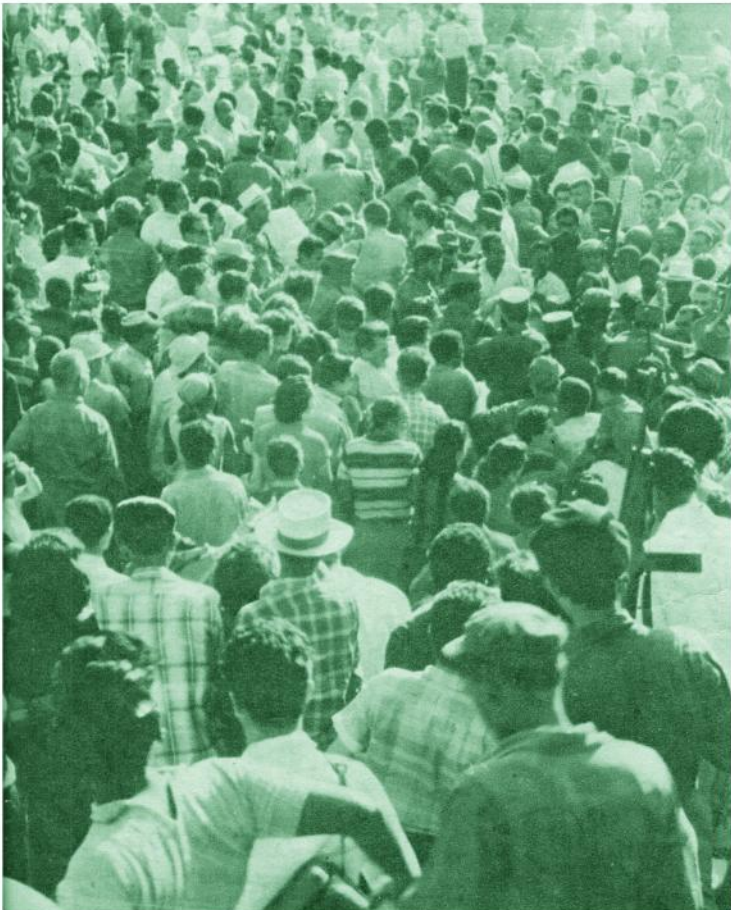


APOTEOSIS EN LA CAPITAL



Ya Fidel Castro está en La Habana. Ya está en la ciudad militar rebelde de Columbia donde antes el dictador tuviera sus mejores tropas. Ahora están allí Camilo Cienfuegos y sus hombres. Y está también el pueblo. Fidel Castro va a hablar. La multitud que colma el polígono vibra de emoción. Y, como un símbolo, una paloma de immaculado plumaje se posa sobre el hombro de Fidel.

La foto recoge una porción infinitesimal de la muchedumbre. El mar humano venía desde la entrada de la ciudad hasta el centro de la misma; desde más allá de El Cotorro hasta Palacio y después hasta Columbia. Y en todos los pechos el mismo entusiasmo, en todos los labios un nombre: ¡Fidel!



La ciudad se volcó en las calles. Las mujeres dejaron sus casas y las que no tenían con quien dejar a sus hijos cargaron con ellos para que vieran al héroe, para que cuando fuesen mayores pudieran decir orgullosos que ellos también habían estado allí: en la manifestación más grandiosa de entusiasmo popular que recuerda la historia de Cuba.

Si, la ciudad entera se volcó en las calles por donde se suponía que

podía pasar la caravana de la victoria. Todos querían verlo, todos querían llevar en sus pupilas la visión del hombre que había dejado de ser figura humana para entrar en la leyenda, para convertirse en ciclope, en gigante, en mito.

Los balcones, la azoteas, los árboles; todo lo que podía servir de mirador era aprovechado por los habaneros que no querían perderse detalles, que ansiaban ser

(Continúa en la Pág. 121)



No sólo fue el pueblo, la masa innominada la que esperó a Fidel. Figuras destacadas de la política nacional formaron filas entre los que le esperaron, entre los que le recibieron. Allí, junto al doctor Agramonte, ministro de Estado, el doctor Carlos Prio, el presidente constitucional depuesto por el 10 de marzo.



En las aceras, la multitud se agolpa. Las mujeres codo a codo con los hombres; los negros con los blancos, los jóvenes con los viejos. Y los niños se sientan en el piso para soportar la espera. En todo hay orden; pese a la enorme multitud no fue necesario un cordón, ni un soldado.



En Columbia, Fidel marcha hacia la tribuna donde pronunciara más tarde uno de sus más medulares discursos. El pueblo es una ola humana pero, como antes a la salida de Palacio, se abre respetuoso para dejar pasar a Fidel Castro que no necesita escolta, que no quiere guardaspaldas. Su mejor escolta es el pueblo todo que lo aclama, que lo ha hecho ya su ídolo.

En medio de todas las emociones de ese día inolvidable, hay una que es la más emocionante de todas. Fidel Castro abraza a su hijo. El chico se cuelga de los hombros robustos, las mejillas rozan la barba hirsuta del padre. Y el héroe, en esos momentos, no es más que hombre, no es más que padre.

En el Palacio Presidencial que ahora sí es la casa del pueblo, el primer magistrado recibe a Fidel Castro. Allí está también Celia Sánchez cuyo nombre es todo un símbolo. Y presidiendo el grupo, una bandera cubana, representación suprema de la patria por la que ellos tanto hicieron.

